

Sociológica, año 20, número 58, mayo-agosto de 2005, pp. 77-103
Fecha de recepción 06/04/04, fecha de aceptación 18/09/04

Sociología e historia: la distancia temporal en la reconstrucción histórica

*Margarita Olvera Serrano**

RESUMEN

Este trabajo aborda el problema del tiempo en la investigación del pasado, entendida como una práctica re-constructiva que implica también al presente y al futuro. A partir de las aportaciones de Wilhelm Dilthey, Max Weber y Arthur Coleman Danto, principalmente, el estudio de lo que *ya no es* puede abordarse como una tarea tendencialmente reflexiva, capaz de identificar en la distancia temporal que separa al observador de lo observado no un obstáculo, sino una condición de posibilidad del conocimiento del pasado. Esto implica asumir y controlar metodológicamente las selecciones, los recortes, las preguntas y la subjetividad involucradas en la investigación, así como el reconocimiento del carácter construido y relativo del conocimiento sociohistórico, sin renunciar ni a la validez del mismo ni a la posibilidad de establecer límites racionales a la interpretación.

PALABRAS CLAVE: Dilthey, Weber, Danto, reconstrucción histórica, relativismo, temporalidad.

ABSTRACT

This paper deals with the problem of time in research into the past, understood as a re-constructive practice that also implies the present and the future. Based mainly on the contributions of Wilhelm Dilthey, Max Weber and Arthur Coleman Danto, the study of *what no longer is* can be dealt with as a tendentially reflexive task, capable of identifying the temporal distance that separates the observer from the observed not as an obstacle, but as a condition that makes it possible to know the past. This implies methodologically accepting and controlling the selections, cuts, questions and subjectivity involved in research, as well as recognizing the constructed, relative nature of socio-historical knowledge, without renouncing either its validity or the possibility of establishing rational limits to interpretation.

KEY WORDS: Dilthey, Weber, Danto, historic reconstruction, relativism, temporality.

* Profesora-investigadora del Departamento de Sociología, Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Azcapotzalco, México. Correo electrónico: habril@prodigy.net.mx

tales son empíricamente inexistentes, pero orientan las acciones, las decisiones y las omisiones de los actores.

La conciencia humana del tiempo está arraigada en la experiencia ordinaria. El día, la noche, las fases lunares, la gestación, las estaciones, la respetabilidad de los ciclos de la naturaleza, así como la necesidad de coordinación social, en general, son un primer apoyo de las concepciones sobre el tiempo (Elias, 1997; Boorstin, 1989; Aróstegui, 2001). El tiempo se vive también indirectamente a través del cambio: aparecen y desaparecen cosas, personas, comunidades y pueblos, se producen situaciones inéditas, se disuelven otras. Los múltiples accesos al problema de la temporalidad se nutren, entre otros elementos, de estas bases universales. Ahora bien, el conocimiento de las disciplinas histórico sociales contemporáneas nos muestra que han existido y existen múltiples experiencias y concepciones de la temporalidad que son irreductibles entre sí.

Ejemplos de ello son el tiempo geológico, al que nos referimos hablando de miles de millones de años; el tiempo cosmológico, frecuentemente asociado al mito de los orígenes; el tiempo de la especie, que podemos nombrar aludiendo a miles e, incluso (dependiendo de la perspectiva), millones de años; el tiempo biológico, en el que adquiere sentido hablar de la infancia, la juventud, la vejez y la muerte; el tiempo fenomenológico, que percibe un flujo, una duración subjetiva medible en minutos, horas o días; incluso podríamos hablar del tiempo subjetivo de la vivencia, donde éste se recorta o se dilata o, psicoanalíticamente, del tiempo del inconsciente en el que pasado, presente y futuro son contemporáneos.

En estas condiciones es necesario establecer el recorte preciso desde el cual el estudioso del pasado puede acceder al problema de la temporalidad. Las perspectivas son múltiples y cada una de ellas supone seleccionar y excluir al mismo tiempo. El tiempo del que nos ocuparemos aquí es el histórico-social, pensable en décadas, siglos e incluso milenios, dependiendo de si nos referimos a los tiempos largos de las estructuras sociales o al tiempo más acotado de los acontecimientos. Ante la carencia de una sistemática del tiempo cada investigación debe ordenar su propia relación con la temporalidad, seleccionar sus propias facetas del problema de cara a las preguntas que trata de responder (Pappe, 2001a), sin olvidar que existen otras que se están excluyendo y que, en consecuencia, la reconstrucción del pasado es necesariamente limitada, fragmentaria, plural y relativa a un

tiempo específico, a determinadas coordenadas de significación, a cierto horizonte de expectativas y a una comprensión previa de aquello que se pretende investigar, lo cual en modo alguno significa que no pueda producirse un saber válido acerca del pasado. Sobre este tema volveremos más adelante.

El propósito de este trabajo es plantear los principales problemas que representa, para las prácticas asociadas a la investigación del pasado, el intervalo temporal que separa al observador de lo observado. A diferencia de lo que postulaba la perspectiva positivista en la historia partimos del presupuesto de que el pasado no es algo absolutamente fijo y estable que pueda conocerse siguiendo los procedimientos apropiados en el trato (crítico) de las fuentes *primarias* desde un presente a-problemático, sino una entidad abierta y móvil.¹ Trataremos de mostrar –partiendo de los aportes de Wilhelm Dilthey, de Max Weber, así como de los asociados a la filosofía analítica de la historia y a la hermenéutica filosófica– que la práctica historiadora contemporánea requiere de abordar la producción de conocimiento sobre el pasado como una tarea reconstructiva y necesariamente reflexiva, que implica una temporalidad compleja en la que se entrecruzan presente, pasado y futuro en una relación tensa y conflictiva, sin la cual sería imposible decir nada significativo de la experiencia de las generaciones precedentes.

A partir de las perspectivas señaladas trataremos de argumentar que, aunque procedentes de tradiciones intelectuales distintas, contienen un patrimonio cognitivo potencialmente útil para hacer de la producción de conocimiento del pasado una práctica reflexiva y significativa disciplinariamente, que reconozca que, como tal, éste es *abierto* y múltiple y que su reconstrucción puede incrementar la autocomprensión del presente y, potencialmente, orientar la acción futura. Lo anterior implica asumir que, si en la vida ordinaria el tiempo es un medio de orientación, para el historiador es simultáneamente un problema cognitivo, puesto que no hay historia que ocurra sin el depósito de experiencias pasadas ni sin expectativas de futuro (Schütz, 1972; Koselleck, 1993).

¹ Por ejemplo, la aparición de nuevos testimonios, documentos, preguntas e interpretaciones pueden modificar el pasado histórico como reconstrucción. Incluso la revisión de un mismo conjunto de fuentes, en un contexto temporal distinto, puede producir innovaciones en nuestro conocimiento de la experiencia pasada.

Las preguntas que pueden responderse a partir de Dilthey, Weber, Danto y Gadamer, principalmente, son cruciales para cualquier reconstrucción histórica que aspire a un mínimo de inteligibilidad y significación: ¿cómo puede conocerse lo que es empíricamente inexistente?, ¿cómo llegar a lo que en el decurso irreversible de la temporalidad es ya acaecido?, ¿cómo puede re-presentarse la experiencia de las generaciones anteriores ante las generaciones contemporáneas?, ¿en qué se sustenta la presencia de lo pasado, la presencia de lo ausente?, ¿cómo ligar las experiencias del pasado con el hecho de que sus resultados son diferentes de lo que sus propios actores habían previsto?, ¿qué peso tienen las coordenadas espacio-temporales del observador en la recolocación de un pasado que fue para sus actores un presente con su propio horizonte de sentido, con sus propias expectativas de futuro, con su propio pasado?, ¿qué supone todo lo anterior para las prácticas a través de las cuales tratamos de producir conocimiento histórico válido?

TEMPORALIDAD, CONCEPTOS Y PRÁCTICAS DISCIPLINARIAS

La historia y la sociología como disciplinas contienen, en sus conceptos y prácticas, las huellas de ciertas ideas sobre la temporalidad y sobre su propio tiempo histórico. En el caso de la sociología ello es observable en categorías propias de su patrimonio de conocimiento, tales como proceso, transición, cambio, proyecto, evolución, tradición, revolución, progreso, predecesores, sucesores, contemporáneos, acción, medio, fin, etc. El ejemplo más conocido es el de la idea de progreso (Nisbet, 1996), tan íntimamente vinculada a la modernidad como época histórica y como proyecto. Este concepto imputa no sólo una dirección a la historia y a la sociedad, sino también un sentido. La idea que le subyace es la del tiempo lineal que conduce a etapas superiores respecto de las cuales el pasado es deficitario; en consecuencia, el concepto de progreso ofrece un parámetro para establecer una valoración diferencial entre el antes y el después. Otro caso es el uso de los prefijos pre, post y neo, tan recurrente en nuestra disciplina: pre-industrial, post-moderno (Alexander, 2000), post-tradicional, neo-parsoniano y así sucesivamente. Estos prefijos indican una necesidad de orientación histórica y social frente al pasado (Rüsen, 2000) que suele estar vinculada al hecho de que las cosas

sucedan de un modo diferente de lo que se había pensado, así como a la necesidad de establecer una identidad temporal, una distinción, una diferencia respecto de los tiempos anteriores.

Por su parte, la historia utiliza constantemente nociones como ciclo, periodización, suceso, acontecimiento, proceso, duración, generación, crónica, etc., y cada una de ellas está cruzada por la realidad de la temporalidad histórico-social. Tomemos el ejemplo de la periodización, algo que aparentemente tiene que ver con *fechar*, con ubicar objetivamente un acontecimiento o proceso en un calendario.² No obstante periodizar, como una práctica rutinaria del observador del pasado, no depende de un tiempo objetivo (por decirlo de algún modo), sino de lo que se quiere recordar/rememorar/recolocar, lo cual está directamente condicionado por el tipo de preguntas y selecciones que lleva a cabo el observador en su presente. La periodización es un gesto intelectual que significa, que pone aparte, que introduce un corte temporal y un orden intelectual que no es intrínseco a lo ocurrido empíricamente sino algo fabricado (De Certeau, 2000: 148) que tiene la función de ubicar procesos dentro de ciertas coordenadas espacio-temporales, establecer un antes y un después, clasificar un fragmento de la experiencia pasada en el tiempo histórico social.

Como sus conceptos, las prácticas intelectuales de la sociología y la historia implican también una relación con la temporalidad. Por ejemplo, la rutinaria tarea de citar textos producidos en el pasado, en otros mundos y para otros lectores implica tomar “arbitrariamente” pasajes de los mismos, hacerlos atravesar el tiempo y posibilitar que cobren un significado distinto en la situación del presente. Las citas son producidas por el investigador, no pertenecen a las obras de las cuales las tomamos: “Una cita no pertenece nunca al autor ni a su tiempo original; es resultado de la distancia en el tiempo y de quien cita desde otros propósitos y otro horizonte histórico” (Pappe, 2001b). Las citas frecuentemente cumplen la función de apelar a una autoridad con el propósito de fundamentar una afirmación o argumento; citar un texto del pasado supone un vínculo simbólico con las tradiciones intelectuales de nuestros predecesores (Schütz, 1972), independientemente de la naturaleza de esa

² Entendido como construcción intersubjetiva que cristaliza en el tiempo como institución social.

relación, la cual puede ser de deuda, de rechazo, de apropiación, etc. Es una práctica que nos ubica en un entramado temporal complejo que vincula a predecesores, contemporáneos y sucesores asociándolos, así sea episódica e indirectamente, a través del uso de un patrimonio de conocimiento sedimentado a lo largo del tiempo, disponible en la situación contemporánea y muy probablemente en la futura.

Si la historia, la sociología y la historiografía han cobrado conciencia de la dimensión temporal de su quehacer no ha sido porque sus practicantes contemporáneos sean más lúcidos que los anteriores, sino por el desplazamiento de horizontes intelectuales que implica la propia historicidad del conocimiento. Las transformaciones de las propias disciplinas a lo largo del tiempo, “la multiplicación de los lugares de observación posibles” (Mendiola y Zermeño, 1995), la inexistencia de una teoría o modelo que pueda aspirar *a priori* a un estatus de verdad absoluta frente a otras disciplinas, la constante movilidad de las fronteras que les dieron identidad en sus etapas fundacionales, la hibridación (Giménez, 2003), pluralización y fragmentación de sus comunidades (dejando de lado la relación de estos cambios con el propio entorno societario), entre otras causas, han hecho necesario que sus prácticas sean tendencialmente autorreflexivas y transdisciplinarias. Partiendo del reconocimiento de esta situación examinaremos algunos aspectos del patrimonio de conocimiento de las disciplinas histórico-sociales donde podremos encontrar reflexiones precisas sobre el tiempo (histórico-social) que media entre el investigador y su objeto.

DILTHEY O LA DISTANCIA TEMPORAL DISUELTA

Dentro del contexto de las disciplinas histórico-sociales del siglo XIX destaca la reflexión de Wilhelm Dilthey sobre el tiempo humano. El escenario en el que tiene lugar es el conocido debate entre las ciencias de la naturaleza y las ciencias del espíritu en la Alemania de la segunda mitad de esa centuria que, arrancando en la economía, pasa a la historia hasta abarcar prácticamente a todas las disciplinas histórico-sociales.³ En su esfuerzo por fundamentar epistemológi-

³ Cuyas fronteras, en el caso alemán, aún estaban en proceso de definición (Galván, 1984).

camente a las llamadas ciencias del espíritu, Dilthey se apoyaba en los postulados que había asimilado de la Escuela Histórica, sosteniendo que las ciencias naturales expresaban una racionalidad abstracta y que el estudio de las sociedades humanas debía distanciarse de tal enfoque porque fragmentaba e impedía el conocimiento de las expresiones de la vida humana cristalizadas en la historia. En este ámbito, afirmaba, el objeto era la cultura, entendida como algo que tenía existencia ideal antes que física.⁴

Dilthey atribuía a la explicación legal de las ciencias naturales una rigidez que temía pudiese “petrificar” el mundo histórico, impidiendo que la experiencia contenida en él pudiese ser descifrada por el individuo; en estas condiciones el pasado correría el riesgo de volverse ajeno e incomprensible, con lo cual aquélla se perdería. A esta crítica subyace la idea de que las ciencias del espíritu deben enriquecer y universalizar al individuo, al hacerlo participe de las infinitas y fluidas experiencias de las generaciones precedentes. La historia, en este contexto, debe revitalizar lo muerto, restituir lo perdido, recuperar lo olvidado, a fin de que la experiencia presente adquiera una densidad vital más intensa.

Cancelada la posibilidad de apelar a los procedimientos de la ciencia natural, Dilthey proponía la comprensión típica del círculo hermenéutico como el método más adecuado para las ciencias del espíritu. Su presupuesto de partida era ontoteológico: por una parte, la realidad estaba fraccionada en naturaleza carente de sentido e historia significativa y, por otra, la condición de posibilidad de las ciencias histórico-sociales descansaba también en el hecho de que el sujeto que investigaba la historia era el mismo que la hacía; es decir, postulaba una relación de identidad entre el sujeto y el objeto de la historia en tanto que ésta se originaba en la experiencia humana, psicológica y directa. En este sentido, las ciencias históricas sólo continuarían el razonamiento empleado en la experiencia de la *vida*, ya que el observador y lo observado eran la misma entidad en la que se manifestaba y experimentaba lo mismo: la capacidad productiva de la vida humana (Dilthey, 1978: 45). A partir de las herencias del romanticismo y el idealismo, Dilthey postulaba que eran la inmedia-

⁴ “La fundación honda de la posición autónoma de las ciencias del espíritu frente a las ciencias de la naturaleza [...] se lleva a cabo en ellas paso a paso al verificarse el análisis de la vivencia total del mundo espiritual en su carácter incomparable con toda la experiencia sensible acerca de la naturaleza” (Dilthey, 1978: 17).

tez y la interioridad de la experiencia humana los elementos que fundaban el conocimiento del mundo como verdadero y diverso del de la naturaleza, así como la especificidad de sus procedimientos: comprender en lugar del explicar, sustituyendo así la explicación nomológica típica de los modelos naturalistas por la comprensión hermenéutica de la *totalidad de la vida*.⁵

No entraremos en las implicaciones epistemológicas y teóricas de este planteamiento; lo que nos interesa destacar aquí es la manera como Dilthey aborda en este escenario el problema del tiempo histórico, entendido como específicamente humano. Su idea es que en la vida está contenida, como “primera determinación categorial de la misma” (Dilthey, 2000a: 115) la temporalidad, puesto que a ésta la caracterizan las relaciones de simultaneidad, sucesión, distancia temporal, duración, cambio, etc. El tiempo presente,⁶ razona, es experimentado por los seres humanos como un flujo en avance, como un movimiento en el cual lo actual se va convirtiendo en pasado y lo futuro se vuelve presente. El presente es el espacio privilegiado de la acción, del hacer, de la ejecución,⁷ de la realidad; el pasado es el tiempo del recuerdo y la rememoración; el futuro, el tiempo del deseo y de la espera.

La temporalidad para Dilthey es un hecho histórico último e irreductible que permea a todo individuo y a toda manifestación de la cultura, entendida como expresión de la vida psíquica y espiritual. Cada época es, en su turno, simultáneamente, creadora de cultura y heredera de tiempos pasados; el ser humano es un ser marcado por la historicidad/temporalidad, en suma, una criatura del tiempo. Para Dilthey esta es una condición universal que imprime a la vida una

⁵ En estos supuestos es posible ver las marcas del proceso personal de “secularización” del propio Dilthey, el cual lo llevó de su posición de estudiante de teología a la de filósofo interesado sobre todo en dos cuestiones interrelacionadas entre sí: por una parte, la fundamentación de las ciencias del espíritu y, por otra, la reflexión sobre su experiencia como historiador del pensamiento y la biografía.

⁶ “La nave de nuestra vida va como arrastrada sobre una corriente que avanza constantemente hacia delante, y el presente es siempre allí donde estamos sobre estas olas, donde padecemos, recordamos o esperamos, en una palabra, allí donde vivimos en la plenitud de nuestra realidad. Vamos navegando sin parar por esta corriente, y en el mismo momento en que lo futuro se hace presente ya se ha hundido este último en el pasado” (Dilthey, 2000a: 115).

⁷ Podemos ver en este razonamiento una “anticipación” de los planteamientos de Hans Georg Gadamer sobre la historia efectual, contenidos en la segunda parte de su influyente obra *Verdad y método*. Cabe señalar que uno de los puntos de partida de Gadamer en su reflexión sobre la interpretación en el campo de la historia es precisamente la obra de Dilthey (Gadamer, 1987: cap. 9).

unicidad que no queda desmentida por la multiplicidad de sus manifestaciones singulares a lo largo de la historia (Dilthey, 2000b: 122).

En el flujo del tiempo el ser humano vive su presente y experimenta el pasado como lo inalterable, como lo acaecido, lo cerrado, lo que sucedió inevitablemente así y no de otra manera; en cambio, “si contemplamos nuestra relación hacia el futuro nos encontramos activos, libres” (Dilthey, 2000a: 116); es tiempo de posibilidades múltiples, abiertas e infinitas. La fluidez de la temporalidad humana hace que el presente nunca *sea*, puesto que lo que vivimos como presente (continuamente en marcha) implica siempre el recuerdo de lo que, en sí, *era* precisamente presente. Por otra parte, las efectuaciones del pasado mantienen parte de su fuerza en el presente, donde se las recuerda, se las rememora, adquiriendo así un cierto modo de *presencia*. A pesar de que el ser humano se proyecta incesantemente hacia el futuro, vive siempre en las condiciones producidas por la experiencia de otros congéneres que habitaron en el pasado.

A partir de estas ideas puede hacerse claro por qué plantea Dilthey que las ciencias del espíritu deben asumir la comprensión hermenéutica como el único procedimiento apropiado para hacer que la experiencia pasada pueda volverse conocimiento en el presente. En otras palabras, este autor fija el rumbo de la tradición hermenéutica (que había recogido de Schleiermacher⁸) preguntando cómo podría convertirse en ciencia la experiencia histórica, cómo podría el conocimiento de lo singular, significativo e irrepetible devenir en conocimiento racional sin pasar por los criterios nomológicos. Su conocida respuesta es que la pregunta por el sentido alude universalmente a algo *interno* que, como tal, sólo puede conocerse a través de sus señales *externas*; la interpretación de dichas señales observables permite conocer la interioridad que las ha producido.

El intérprete ha de acudir a la recuperación empática de la vivencia de los seres humanos del pasado, que al desplegar acciones intencionales las han cristalizado en múltiples objetivaciones culturales. El observador ha de tomar como punto de partida sus propias vivencias para alcanzar el horizonte del acontecimiento, proceso u obra que está tratando de interpretar. La comprensión queda así

⁸ Sobre las importantes aportaciones de este autor a la fundamentación de una teoría general de la interpretación puede verse el estudio preliminar que acompaña la edición en español de su obra *Sobre la religión* (Schleiermacher, 1990).

definida como “[...] el proceso en el cual, a partir de unos signos dados sensiblemente, conocemos algo psíquico de lo cual son su manifestación” (Dilthey, 2000a: 27). La comprensión hermenéutica captaría inmediatamente una totalidad de vida que sólo el análisis puede presentar como fragmentada. El conocimiento histórico de toda institución, de toda época, de toda obra debe remitirse a la estructura universal de la vivencia y debe renunciar a la explicación causal por implicar la pérdida del fondo vital original de la vida, cuando de lo que se trataría según este planteamiento es de la restauración/recuperación de lo perdido.⁹

Mucho se ha criticado la postura de Dilthey por las grandes dificultades que implica partir de algo privado, como lo son las propias vivencias del observador, para llegar a producir conocimiento racional. No es ese el problema en el que nos deseamos detener, sino en otro que es crucial para cualquier estudioso del pasado: la realidad indudable de la distancia temporal que separa al observador de lo observado. Para Dilthey este intervalo no es un problema puesto que todos los individuos comparten un “fondo común” de vivencias al formar parte del mismo género; existe una unidad oculta entre todos los individuos, por lo que en cualquier caso singular pueden hallarse las huellas de un solo espíritu humano. En consecuencia, en el proceso de conocimiento del pasado el investigador y los actores desaparecidos serían *absolutamente contemporáneos*. Esta presunta condición ontológica trasciende en el pensamiento de Dilthey cualquier coordinada espacio-temporal, cualquier singularidad, cualquier clase de especificidad y deviene en el fundamento mismo de las ciencias del espíritu como ciencias diversas de las que se ocupan de la naturaleza.

En resumen, la comprensión hermenéutica es posible para Dilthey gracias al presupuesto de la “congenialidad” del investigador y los actores del pasado involucrados en lo investigado; la vivencia adquiere aquí el estatuto de referente último del conocimiento del mundo histórico, mientras que el significado es “derivable” de la relación de partes singulares (valores, acciones, fines, etc.) entre sí y con una totalidad (el mundo histórico). Tanto el individuo como el observador comprenderían no por analogía con lo que “vivencian” en sí

⁹ Sobre el tipo de hermenéutica de la “recuperación”, al que es posible adscribir la concepción de Dilthey, puede verse Velasco, 1996.

mismo, sino porque sus propias vivencias están constituidas por material histórico. Comprenden porque la historia y ellos mismos son un mismo ser temporal. Contra el positivismo que buscaba conocer el pasado exactamente como había ocurrido, Dilthey plantea que la principal tarea de la historia es elaborar un saber que permita abrir los mundos de sentido del pasado a los individuos del presente. Contra el fondo de la idea de comprensión de este autor Max Weber elaboraría críticamente la propia como proceso de interpretación racional e, indirectamente, abordaría también el problema de la diferencia temporal entre observador y observado.

MAX WEBER O LA DISTANCIA TEMPORAL COMO POSIBILIDAD DE LA INTERPRETACIÓN RACIONAL DEL PASADO

Los sociólogos generalmente pensamos en Weber como un clásico de nuestra disciplina y sólo de cuando en cuando reparamos en que fue hacia los últimos años de su itinerario intelectual que reflexionó en profundidad sobre los fundamentos lógicos y teóricos que habría de tener la sociología si pretendía consolidarse como ciencia empírica independiente. Lo que buscamos señalar es que Weber generalmente se consideró a sí mismo como un historiador de la economía. De hecho, cuando en sus escritos rastreamos las huellas de la comunidad de conocimiento a la que se adscribe encontramos que siempre que enuncia un “nosotros” es el de los historiadores o el de los economistas, no el de los sociólogos. Más aún, una gran parte de las obras de Weber que son leídas, citadas y reinterpretadas episódicamente por los sociólogos son ensayos e investigaciones históricas. Baste citar como ejemplos *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* y los *Ensayos sobre metodología sociológica* de 1904 y 1906, respectivamente.

Para Weber, a diferencia de Dilthey, el conocimiento de la historia no podía depender únicamente de la comprensión de los nexos internos involucrados en los actores que la producían a lo largo del tiempo. Distanciándose de la idea de comprensión empática de dicho autor Weber planteó que, una vez seleccionada y “recortada” la realidad, el ordenamiento de los datos tiene como eje un acto hermenéutico en virtud del cual el observador relaciona condiciones y efectos objetivos de la acción. La consideración de los elementos que

limitan externamente la acción humana (susceptibles de ser explicados causalmente) no está reñida aquí con el examen de los elementos internos (susceptibles de ser comprendidos). La aportación de Weber a la disciplina histórica consiste en que su planteamiento metodológico integra comprensión hermenéutica y explicación causal por lo que, a diferencia de Dilthey, considera que la historia no puede agotarse en la indagación de lo interno, sino que debe involucrar elementos que permitan saber la manera como los actores evaluaron una situación objetivamente existente, ponderaron dentro de un espectro limitado y estructurado de alternativas y, con base en sus intereses, intenciones y proyectos, eligieron un determinado curso de acción y no otro.

Por lo anterior, la explicación causal implicaba para Weber el conocimiento de las condiciones históricas en las que tuvieron lugar las acciones y consideraba, asimismo, que ello exigía al investigador atender reglas de experiencia y uniformidades empíricas (conocimiento nomológico), pero le reclamaba también dar cuenta del sentido subjetivo de dichas acciones (Weber, 1985: 189 y ss). Desprendido de la comprensión como empatía por sus evidentes problemas para dar lugar al conocimiento racional, Weber postuló el camino de la construcción conceptual típico-ideal como la vía más adecuada para conocer científicamente el pasado. Los tipos ideales históricos serían las herramientas metodológicas desde las cuales el investigador podría imputar comprensibilidad a la acción, así como explicarla causalmente. No abundaremos en estos conocidísimos aspectos de la metodología weberiana. Deseamos únicamente señalar, por una parte, que con ella Weber se divorcia de los referentes psicológicos de la comprensión diltheyana y la reformula como un proceso lógico-racional y, por otra, que aunque desde luego no era su intención aclarar el problema del tiempo en la construcción del conocimiento histórico, su mencionada metodología contiene algunas observaciones sobre este problema que tienen una gran pertinencia analítica para los estudiosos del pasado.

Para Weber la historia no tiene un ámbito determinado *a priori*, sino que se la *constituye* sobre la base de un punto de vista subjetivo del investigador; no hay, en consecuencia, un “contexto” objetivo de significado como punto cero de referencia de la reconstrucción histórica. La “inabarcabilidad” e infinitud de la realidad, así como la multiplicidad de datos empíricos contenidos en ella, implican que

sólo una parte limitada de la misma puede ser objeto de investigación, por lo que la primera tarea empírica del historiador consiste en definir una serie acotada de elementos, es decir, en seleccionar con base en una “relación de valor” aquella “parte” del mundo histórico que se considera significativa y digna de ser reconstruida como conocimiento histórico.

Esta relación de valor, no está de más recordarlo, no es un principio normativo, sino un *principio de selección relativo a un tiempo*, a un marco cultural de referencia y a los intereses del propio investigador.¹⁰ Ante la multiplicidad de valores y referencias, el análisis histórico debe partir del reconocimiento de los criterios que están en la base de sus “recortes”. Weber le plantea así al investigador la exigencia de “reflexividad”, la necesidad de que “[...] tenga clara conciencia, en cada instante, de cuales son los criterios empleados para medir y seleccionar la realidad” (Weber, 1993: 48). Siguiendo la lógica del razonamiento weberiano puede sostenerse, además, que el “contexto histórico” no existe independientemente del observador, sino que es también resultado de una selección.

Para Weber el conocimiento del pasado es claramente una tarea reconstructiva que implica, entre otros problemas, la cuestión de cómo es posible conocer procesos y acciones ocurridos en ese pasado desde un presente seleccionador. La tensión entre el “entonces” y el “ahora” no es un obstáculo o una entidad que se disuelve en la contemporaneidad del observador y el observado, sino el punto de partida de la investigación histórica. Conocer el pasado es posible al menos por dos razones: primera, por la adscripción del investigador a un marco de significación cultural desde el cual define qué aspectos del pasado le parecen relevantes científicamente y, segunda, porque las acciones humanas producen a lo largo del tiempo formas sociales, resultados y consecuencias que sedimentan en configuraciones estables disponibles –como huella– en el presente del observador. La historia se empeña en conocer el pasado no de cualquier manera, sino como ciencia, partiendo de estos elementos.

La ciencia, según el razonamiento weberiano, no trabaja con “relaciones de hecho entre cosas”, sino con conexiones conceptuales

¹⁰ “Ningún análisis científico objetivo de la vida cultural [...] o de los fenómenos sociales es independiente de puntos de vista especiales y unilaterales, de acuerdo con los cuales –expresa o fácilmente, de manera consciente o inconsciente– son seleccionados, analizados y organizados como objetos de investigación” (Weber, 1993: 61).

entre problemas. Puede surgir una ciencia nueva cuando se abordan nuevos problemas con métodos nuevos, y “por esa vía se descubren verdades que inauguran nuevos puntos de vista significativos” (Weber, 1993: 57). La historia como ciencia de la cultura procura conocer los fenómenos de la vida en este orden de significación, pero la cultura, al llevar el sello de la historicidad, es móvil y se desplaza a lo largo del tiempo, por lo cual continuamente cambian las maneras de acercarse al pasado, “cambian las conexiones conceptuales con las cuales es considerado y aprehendido científicamente” (Weber, 1993: 74). Concluye Weber que por ello los puntos de partida de las ciencias de la cultura “se proyectan, cambiantes, hacia el más remoto futuro” (Weber, 1993: 74). A partir de estas consideraciones puede afirmarse que el pasado no es una dimensión cerrada, sino abierta, a la interpretación histórica.

Es en este contexto de la tensión temporal entre el presente del investigador y el pasado de lo investigado donde podemos encontrar la célebre afirmación de Weber sobre la eterna juventud de las disciplinas históricas (Weber, 1993: 93). El incesante flujo temporal de la cultura plantea problemas siempre nuevos: cambian los marcos de significación cultural y se modifican con ellos las preguntas, los criterios de selección y los intereses a partir de los cuales los investigadores reconstruyen el pasado. En consecuencia, la posibilidad de progreso en las ciencias de la cultura implica una constante transformación de los puntos de partida y de los conceptos con los cuales tratan de explicar y comprender la realidad. En otras palabras, para Weber cualquier ciencia trabaja con los conceptos disponibles en su tiempo; al cambiar éstos queda plenamente de manifiesto el carácter *temporal y transitorio* del conocimiento histórico como tal.

Por las mismas razones, varios lustros después, al dictar sus conferencias sobre política y ciencia frente a estudiantes a punto de elegir carrera, Weber afirmaría que la vocación científica exige del investigador la aceptación de la certeza de que el conocimiento que pueda producir a lo largo de su carrera científica estará, por definición, destinado “a quedar anticuado dentro de diez, quince o cincuenta años” (Weber, 1975: 197). Todo logro científico ha de caducar en el futuro porque la ciencia es una actividad abierta e incierta, en construcción y desplazamiento constantes.

La movilidad del horizonte de la ciencia y la mutación de la propia situación práctica de la sociedad condicionan la continua trans-

formación de los problemas científicos, por lo que la relación entre los conceptos y la realidad que tratan de ordenar y explicar lleva el sello de la caducidad, de la transitoriedad. Las ciencias históricas no pueden plantearse, concluye Weber, la meta de formular un sistema cerrado de conceptos, dado el cambio inevitable de los horizontes culturales a lo largo del tiempo y la manera como son reinterpretados por los investigadores. Los puntos de vista cambian históricamente y los hechos pasados se convierten en algo siempre *nuevo*: “Sólo el futuro decide, en definitiva, sobre la significación causal de los hechos del presente” (Weber, 1993: 144). El historiador es superior a su objeto porque “sabe *a posteriori*” y, por lo tanto, reconstruye retrospectivamente.¹¹

¿Qué elementos del planteamiento weberiano tienen valor analítico contemporáneo desde el punto de vista de la historia como un proceso reconstructivo? En primer lugar, encontramos en este autor una concepción de la práctica historiadora que anticipa (por decirlo de algún modo) algunos de los más importantes e influyentes planteamientos historiográficos de la segunda mitad del siglo xx. Aunque suele atribuirse a la filosofía analítica de la historia y a la hermenéutica de cuño fenomenológico (Gadamer, Ricoeur) haber cobrado conciencia del carácter construido y relativo del conocimiento del pasado, es evidente que podemos identificar ya en Weber un planteamiento reflexivo acerca del quehacer de la disciplina histórica que tiene como sus ejes básicos: el reconocimiento de la distancia temporal que separa al investigador de lo que investiga y la elaboración conceptual de dicha distancia, no como un obstáculo, sino como el punto de partida del conocimiento del pasado; la asunción de las consideraciones retroactivas que están en la base del trabajo del historiador, así como de la multiplicidad de las interpretaciones posibles no sólo de época a época, sino en un mismo horizonte temporal y, por último, la posibilidad de reflexividad por parte del investigador en el uso de sus herramientas conceptuales y metodológicas.

¹¹ En el mismo texto hay un pasaje que ilustra esta idea: “Nadie puede decir hoy por anticipado cuál podría o debería ser el aspecto de las ideas alemanas de 1918, en cuya transformación participarán también los guerreros que vuelven a sus hogares. Ello compete al futuro” (Weber, 1993: 269).

**LA DISTANCIA TEMPORAL EN LA FILOSOFÍA ANALÍTICA
DE LA HISTORIA Y EN LA HERMENÉUTICA:
NARRACIÓN Y COMPRENSIÓN**

Tanto las aportaciones de Wilhelm Dilthey como las de Max Weber a la reflexión sobre la temporalidad implicada en el quehacer de la historia como producción de conocimiento del pasado fueron invisibles durante los largos decenios del predominio positivista en las ciencias sociales. Es de sobra conocido que la institucionalización de la historia ocurrió en un contexto intelectual en el que dominaba la perspectiva positivista, no sólo en esta disciplina sino también en la sociología, la antropología y la ciencia política (Wallerstein, 1996; Novick, 1997; Nöiriél, 1998). Bajo estas condiciones la historia asumió los presupuestos positivistas para guiar el oficio de hacer y escribir historia y alrededor de ellos –especialmente del que sostenía que existía una objetividad oculta en los hechos históricos que los procedimientos metodológicos adecuados permitirían descubrir– conquistó una identidad, un estatus y un reconocimiento. En cuanto a la cuestión del tiempo, el positivismo se pronunció por la exclusión de la temporalidad del horizonte del investigador como una condición indispensable para conocer “el pasado tal como fue”. La contraparte de este proceso intelectual fue el olvido de otras maneras de entender la historia, especialmente las asociadas con la tradición hermenéutica representada por autores ligados de distintos modos a ella, como Dilthey y Weber.

La hegemonía positivista se vio erosionada con el desafío intelectual que representó, hacia mediados del siglo xx, el ascenso de la llamada escuela de los *Annales* como una importantísima corriente cuya manera de entender el trabajo histórico cuestionaba la perspectiva positivista, especialmente su resistencia a la diversificación de sus fuentes, su énfasis en la historia política y militar, así como la centralidad atribuida a la descripción. En su lugar, la escuela de los *Annales* tuvo como señas de identidad la ampliación del tipo de fuentes en las que se fundamentaba empíricamente el trabajo del historiador, la pretensión de hacer una historia crítica orientada por problemas y la apertura a las disciplinas sociales.¹² Aunque fue dentro

¹² Diversas interpretaciones de los aportes de esta corriente pueden verse en Moya, 1996; Burke, 1997; Aguirre, 1996, y Nöiriél, 1998.

de los límites de esta corriente historiográfica que se comenzó a distinguir entre distintos estratos temporales en la historia, privilegiadamente la llamada larga duración,¹³ se siguió considerando al tiempo como una entidad básicamente a-problemática. La historia que se elaboró en esta corriente se concentró en los cambios lentos y en la dimensión estructural de las sociedades, desde una perspectiva sincrónica.

Hacia la segunda mitad del siglo xx, en un escenario intelectual marcado por un cuestionamiento generalizado de los modelos naturalistas en las disciplinas histórico-sociales, surge la posibilidad de resignificar el patrimonio intelectual de la tradición hermenéutica. Al cuestionarse los presupuestos positivistas y estructuralistas, una reacción recurrente en dichas disciplinas fue volver sobre perspectivas de pensamiento que habían quedado excluidas durante largas décadas. Uno de los resultados más relevantes para la historia y la historiografía fue la recuperación de los aportes de la hermenéutica de Dilthey (a través de la obra de Gadamer), así como la apertura a los desarrollos de la filosofía analítica de la historia, a través de la discusión de la obra de Arthur C. Danto. Surgieron así condiciones intelectuales para replantear el tema del tiempo en la disciplina histórica¹⁴ y la manera como está implicado en sus prácticas.

Danto reconduce la discusión sobre el conocimiento del pasado al problema de la narración. Considera que la escritura de la historia está íntimamente vinculada con un tiempo complejo que enlaza el presente, el pasado y el futuro, lo sepa o no el historiador. Así, llama la atención sobre el hecho de que el discurso histórico es una reconstrucción retroactiva que lleva a cabo el investigador a partir del conocimiento de su propio presente y que esta tarea no se reduce a recuperar –a través de los documentos, los archivos, las huellas– la perspectiva de los actores del pasado. La posibilidad de lograr una

¹³ Una de las principales aportaciones de Fernand Braudel fue pensar en tiempos diversos “la inmediatez de los acontecimientos, la perspectiva de corto plazo, es decir, la coyuntura y, finalmente, las estructuras o la perspectiva de largo plazo” (véase Moya, 1996: 70).

¹⁴ La discusión tuvo como escenario amplio el debate que desencadena la publicación del trabajo de Carl G. Hempel: “La función de las leyes generales en la historia”, en 1942 (Hempel, 1988), cuyo contenido obligó a los historiadores a una reflexión sobre sus prácticas intelectuales, así como a una discusión sobre las relaciones entre explicación histórica y narración. En este sentido, la obra de Danto puede verse como uno de los más influyentes cuestionamientos a las pretensiones monistas contenidas en la idea que Hempel tenía de la explicación histórica. Sobre este tema puede verse: Durán, Mendiola *et al*, 1997, así como la introducción que hace Fina Birulés a Danto, 1989.

escritura de la historia significativa radica en el intervalo temporal que separa al observador situado en el futuro de la experiencia pasada que trata de conocer; para este autor, el significado histórico depende de la mirada retrospectiva de un observador que está ubicado en otro tiempo, específicamente en el futuro del pasado de los actores que investiga (Danto, 1989: 22).

Danto plantea que para el historiador es imposible revivir empáticamente el pasado porque sabe más que los actores desaparecidos, por lo que su interpretación necesariamente ha de ser distinta. El investigador tiene una perspectiva temporal que implica un ángulo de visión más abarcador del que tuvieron los actores en el pasado: conoce cuáles fueron los resultados de sus acciones, independientemente de su intencionalidad, y este conocimiento es un eje crucial de la estructuración misma del relato histórico. Esto es así, razona Danto, porque el historiador se encuentra situado en un momento posterior al de la ocurrencia de los procesos y acciones de los que se ocupa, es decir, su propio presente que es, simultáneamente, el futuro de las generaciones que lo han precedido.

Sin la pertenencia al futuro del pasado que trata de investigar, el historiador carecería de un criterio organizador para construir un relato; sin este último, la historia no sería más que un conjunto caótico de singularidades sin sentido, una masa amorfa de datos que no le dirían nada al lector. La unicidad de la historia depende, para Danto, de la existencia de un observador que está en posesión del conocimiento de las consecuencias de los acontecimientos investigados. Desde esta perspectiva, la historia puede verse como una disciplina que encuentra su posibilidad de conocer precisamente en la distancia que separa al actor del observador; este intervalo es indispensable para escribir *oraciones narrativas*, entendidas como construcciones lingüísticas que se refieren al menos a dos acontecimientos separados en el tiempo y que tratan de describir y explicar el primero de ellos (Danto, 1989: 123).

En otras palabras, escribir un relato histórico implica aislar del flujo temporal una serie de sucesos a los que, retroactivamente, se les adscribe una significación y un entramado específicos. La narración organiza el conocimiento del pasado, comunica lingüísticamente un pasado rememorado y apunta a un futuro posible. En consecuencia, la estructura del relato histórico no es intrínseca a los hechos contados, sino que es producida por el investigador a par-

tir de los recursos lingüísticos implicados en el tiempo futuro. Esta concepción de la práctica historiadora supone una idea compleja del tiempo según la cual éste no es una medida universal y objetiva, sino una entidad que involucra acción, experiencia, vivencia y sentido. Lo anterior implica que la identidad de la historia como disciplina descansa justamente en su capacidad de realinear retroactivamente el pasado (Danto, 1989: 136). Como relato, el discurso histórico supone un orden (un inicio, una parte media y un final) que es, en sentido estricto, una construcción del investigador del pasado, puesto que las fuentes no indican donde empieza y donde termina una historia.

Por su parte, desde la tradición hermenéutica la obra de Hans G. Gadamer también plantea la cuestión de la distancia temporal en la historia como una condición productiva del comprender y no como un intervalo a disolver o un obstáculo epistemológico a superar. En el apartado que dedica a la historia en su célebre obra *Verdad y método* parte de la crítica a Dilthey para replantear este problema. Para Gadamer, este autor incurre en el error de suponer que el observador se puede desprender de su propia tradición, de su propio tiempo, de sus propios pre-juicios¹⁵ para disolverlos en una relación de contemporaneidad con lo observado. Gadamer, en cambio, reconoce que todo acto de interpretación parte de un conjunto de coordenadas espacio-temporales que delinean un *horizonte* propio vinculado con una tradición, con una precomprensión de la realidad que “opera” como la posibilidad misma de la interpretación histórica.

Para Gadamer, las fuentes¹⁶ no hablan solas. Requieren del conjunto de juicios previos del historiador, ya que ellos son los que posibilitan la formulación de preguntas, conjeturas, hipótesis y la definición de los criterios de relevancia a partir de los cuales el mundo del pasado puede ser reconducido al lenguaje de la significación histórica. El pasado no habla más que a quien lo interroga, esto es,

¹⁵ Gadamer se aparta de la idea de prejuicio de la filosofía de la Ilustración, que lo identifica necesariamente como juicio falso, para plantear que los juicios previos son un punto de partida del que no se puede desprender el intérprete y que pueden ser verdaderos o falsos. En su disputa con Gadamer, Jürgen Habermas plantea que lo anterior implica una rehabilitación de la tradición y de la idea de autoridad que es incompatible con la crítica y favorable a posturas conservadoras. Posteriormente, Paul Ricoeur llamará la atención sobre el hecho de que la crítica misma es una tradición (Ricoeur, 2002: 346). Sobre la postura de Gadamer al respecto en sus últimos años de vida puede verse Gadamer, 2002.

¹⁶ La idea de fuente aquí se refiere a los vestigios materiales (documentos, estadísticas, textos, monumentos, objetos, etc.) a través de los cuales puede investigarse una realidad pasada, un estado de cosas extratextual. Sin ellas sería imposible el conocimiento histórico.

sólo adquiere sentido en la relación dialógica pasado-presente. La historia es aquí, como lo era en otro contexto intelectual para Max Weber, una tarea reconstructiva que depende del interés del investigador. Aquí acaban las semejanzas; la comprensión hermenéutica debía ser para este autor (si pretendía dar lugar a conocimiento objetivo) interpretación racional, por lo que aquélla era considerada un procedimiento metodológico del observador científico (Weber, 1985). Gadamer en cambio planteó el problema de la comprensión (siguiendo el camino trazado por Heidegger) como una condición ontológica de cualquier ser humano: comprender no es un método sino un *estar en el mundo*,¹⁷ la forma originaria de realización del “estar ahí del ser-en-el-mundo” (Gadamer, 1987: 325).

De esta manera, la comprensión no es única ni primariamente una metodología ni tampoco el fundamento de las ciencias del espíritu, sino el carácter esencial y original de la misma vida humana. Reconducida a la ontología, la comprensión histórica implica para Gadamer una relación dialógica entre el horizonte¹⁸ del pasado y el horizonte del presente, relación mediada por la tensión y por la familiaridad, por la extrañeza y por la pertenencia. La diferencia temporal presente-pasado es productiva desde el comienzo mismo de la investigación constituyendo, en sentido estricto, la condición ontológica que sienta la posibilidad de interrogar la experiencia anterior. Cada interpretación histórica, según este planteamiento, “funde” el horizonte del pasado con el horizonte del presente tratando de integrarlo a la *conciencia actual*. La comprensión queda desprendida aquí de las raíces psicológicas que involucraba en Dilthey y se define como un proceso que relaciona continuamente los juicios previos del horizonte del pasado con los juicios previos del presente investigador; el significado histórico es siempre resultado del *diálogo* desde la distancia en el tiempo.

No entraremos en el conflictivo tema del dualismo que subyace a la postura de Gadamer, sino en el señalamiento de que una de sus principales aportaciones a la cuestión de la distancia temporal en la

¹⁷ Esta noción tiene conexiones también con la de “mundo de vida”, que Gadamer retoma de Husserl. Este concepto se opone a la idea de objetividad de las ciencias naturales y se asume como “esencialmente histórico” (Gadamer, 1987: 310).

¹⁸ La noción de horizonte se refiere al “ámbito de visión que abarca y encierra todo lo que es visible desde determinado punto” (Gadamer, 1987: 372). Como tal es móvil, incluye y excluye simultáneamente, es cambiante e implica la adscripción a determinadas tradiciones y prejuicios.

reconstrucción histórica fue salir de los referentes empáticos y subjetivos de Dilthey y plantearla como un proceso comunicativo-dialógico que exige un mínimo de reflexividad, al menos la necesaria para que el observador se haga cargo de su propia situación hermenéutica, de su adscripción a un determinado horizonte, a ciertas tradiciones intelectuales de las que se desprenden preguntas, juicios previos, criterios de relevancia, anticipaciones, selecciones, etc. El carácter dialógico que plantea en la comprensión del pasado abre la posibilidad de controles en la interpretación, en la medida en la que llama al observador a resguardar los derechos del pasado mismo (por decirlo de algún modo) a fin de estar abierto a lo que puede comunicar,¹⁹ al ensanchamiento de los propios horizontes históricos, al conocimiento de lo propio y de lo diferente.

Gadamer muestra con toda claridad que nadie puede acceder al pasado sin una serie estructurada de referencias y anticipaciones que van desde lo que otros han dicho de él, pasando por el tipo de fuentes disponibles en cada momento, hasta llegar a las interpretaciones previas que orientaron las selecciones y exclusiones del observador. La distancia en el tiempo que hace posible esta relación dialógica pasado-presente no está nunca concluida, sino en marcha y constante expansión; el horizonte del presente, en consecuencia, se encuentra en un proceso de constante formación.

CONCLUSIÓN

Desde el punto de vista de la reconstrucción histórica el pasado no es un bloque cerrado, ni algo fijo y estable, sino fluido, plurívoco y que, a pesar de su aparente conclusión, no está terminado. Al cambiar con el tiempo los horizontes intelectuales (y la sociedad misma) cambian también las posibilidades de conocimiento del pasado, por lo que cada cierto tiempo se construyen “nuevos” pasados, en medio de un proceso intelectual abierto e incierto. Todo ello no obsta para reconocer que, ontológicamente, el pasado es inalterable.

¹⁹ “El que quiere comprender no puede entregarse desde el principio al azar de sus propias opiniones previas” (Gadamer, 1987: 335) e ignorar lo que nos puede comunicar a través de la interacción entre las preguntas del horizonte del presente y la propia experiencia del pasado.

La discusión aquí se refiere al desplazamiento continuo de las coordenadas espacio-temporales desde las cuales es posible investigarlo; conocer las acciones y procesos ya acaecidos depende de la tensión pasado-presente, así como del reconocimiento de la movilidad de sus horizontes respectivos. Los indicios materiales, los rastros que la experiencia humana anterior ha dejado en el curso del tiempo, sólo pueden dar lugar a conocimiento si existe un “diálogo” con el presente: sin huellas pretéritas no hay conocimiento que actualizar y sin preguntas actuales y expectativas futuras no hay más que saber potencial. El carácter “signico” de estas huellas (registros, monumentos, escritos, estadísticas, testimonios, etc.) es independiente de si los predecesores las destinaron a serlo para la posteridad o no.

No es a pesar de la distancia temporal que se conoce el pasado, sino gracias a ella. La objetividad misma de las huellas materiales producidas por las acciones de las generaciones que nos han precedido hace posible interrogarlas. Estas marcas escapan a su situación original y, al atravesar el tiempo, llegan a otras épocas, a otros horizontes intelectuales y societarios y contribuyen indirectamente a la formación del horizonte del presente y a las esperas del futuro. Cuando reconstruimos un trozo olvidado del pasado lo que se actualiza no son los hechos acontecidos, sino su significación en otras coordenadas espacio-temporales a través de un discurso que organiza un modo de inteligibilidad. La situación presente permite conocer la situación pasada de una manera diversa a la de sus actores y observadores, permite efectuar un encadenamiento válido que no está estrictamente en la experiencia pasada, sino que es un efecto –aunque sólo lo sea parcialmente– del ordenamiento del observador. Por ello, en cada horizonte temporal las “fuentes” pueden dar a conocer cosas diferentes y hacer que determinado suceso cobre relevancia o la pierda. En cada momento conocemos las historias que nos interesa conocer y que pueden ser reconstruidas en el presente.

Un problema implicado aquí es si el pasado admite interpretaciones infinitas. Tal vez, pero lo importante desde el punto de vista de la producción de un conocimiento válido del pasado es que no todas son igualmente legítimas: puede haber interpretaciones/exPLICACIONES insuficientes, incorrectas, equivocadas o absurdas y a ellas ha de renunciar la historia, dado que se propone producir un saber del pasado que tiene pretensiones de verdad. La tarea consiste en establecer un abanico amplio (pero limitado) de interpretaciones po-

BIBLIOGRAFÍA

Aguirre Rojas, C.

- 1996 “Tesis sobre el itinerario de la historiografía del siglo xx. Una visión desde la larga duración”, ponencia presentada en el coloquio Cincuenta Años de Historiografía Mexicana, Guanajuato, México, inédita.

Alexander, Jeffrey

- 2000 “Moderno, anti, post y neo: como se ha intentado comprender en las teorías sociales el ‘nuevo mundo’ de ‘nuestro tiempo’ ”, en J. Alexander, *Sociología cultural*, Anthropos, Barcelona.

Aróstegui, J.

- 2001 *La investigación histórica: teoría y método*, Crítica, Barcelona.

Boorstin, Daniel J.

- 1989 *Los descubridores*, Crítica-Grijalbo, Barcelona.

Burke, Peter

- 1997 *Historia y teoría social*, Instituto Mora, México D. F.

Chartier, Roger

- 1994 *El orden de los libros*, Gedisa, Barcelona.

Danto, Arthur C.

- 1989 *Historia y narración. Ensayos de filosofía analítica de la historia*, Tecno, Madrid.

De Certeau, Michel

- 2000 *La invención de lo cotidiano*, vol. I, “Las artes de hacer”, Universidad Iberoamericana-Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, México D. F.

Dilthey, Wilhelm

- 1978 *Introducción a las ciencias del espíritu*, Fondo de Cultura Económica, México D. F.

- 2000a *Dos escritos sobre hermenéutica*, Istmo, Madrid.

- 2000b *La esencia de la filosofía*, Losada, Buenos Aires.

Durán, N., A. Mendiola *et al*

- 1997 “Historia y narración”, en *Metodología III*, Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Azcapotzalco, Maestría en Historiografía, México D. F.

Elias, Norbert

1997 *Sobre el tiempo*, Fondo de Cultura Económica, México D. F.

Gadamer, Hans Georg

1987 *Verdad y método*, Sígueme, Salamanca.

2002 “Hermenéutica y autoridad: un balance”, en *Acotaciones hermenéuticas*, Trotta, Madrid.

Galván, Francisco

1984 “El aporte de Max Weber a la institucionalización de la sociología alemana”, en Galván, Girola *et al*, *Max Weber: elementos de sociología*, Universidad Autónoma Metropolitana-Universidad Autónoma de Puebla, México.

Giménez, Gilberto

2003 “El debate sobre la prospectiva de las ciencias sociales en los umbrales del nuevo milenio”, en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 2, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, abril-junio.

Hempel, Carl F.

1988 *La explicación científica*, Paidós, Barcelona.

Iser, Wolfgang

1994 “El proceso de lectura”, en Alfonso Mendiola (comp.), *Introducción al análisis de fuentes*, Universidad Iberoamericana, México D. F.

Jauss, Hans R.

1976 *La literatura como provocación*, Península, Barcelona.

Koselleck, Reinhart

1993 *Futuro pasado*, Paidós, Barcelona.

Mendiola, A. y G. Zermeño

1995 “El impacto de los medios de comunicación en el discurso de la historia”, en *Historia y Grafía*, núm. 5, Universidad Iberoamericana, México D. F.

Moya López, Laura

1996 “Vida cotidiana y mentalidades en la escuela de los *Annales*”, en *Sociológica*, núm. 31, mayo-agosto, Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Azcapotzalco, México D. F.

Nisbet, Robert

1996 *Historia de la idea de progreso*, Gedisa, Barcelona.

Nöiriél, Gérard

1998 *Sobre la crisis de la historia*, Frónesis-Cátedra, Madrid.

Novick, Peter

1997 *Ese noble sueño*, Instituto Mora, México D. F.

Pappe, Silvia

2001a *Historiografía crítica. Una reflexión teórica*, Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Azcapotzalco, México D. F.

2001b “¿A quiénes citan los teóricos de la literatura?”, en *Memoria del Coloquio del Conocimiento en Ciencias Humanas*, Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Azcapotzalco, México D. F.

Ricoeur, Paul

1995 *Teoría de la interpretación*, Siglo XXI, México D. F.

2002 *Del texto a la acción. Ensayos sobre hermenéutica*, vol. II, Fondo de Cultura Económica, México D. F.

Rüsen, J.

2000 “Ilustración histórica de cara a la posmodernidad: la historia en la era de la Nueva Dispersión”, en Silvia Pappe (coord.), *Debates recientes en la teoría de la historiografía alemana*, Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Azcapotzalco, México D. F.

Schleiermacher, Friedrich

1990 *Sobre la religión*, Tecnos, Madrid.

Schütz, Alfred

1972 *La fenomenología del mundo social*, Paidós, Buenos Aires.

Velasco, Ambrosio

1996 “Concepciones hermenéuticas de las ciencias sociales”, en *Fuentes humanísticas*, núm. 12, Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Azcapotzalco, México D. F.

Weber, Max

1993 *Ensayos sobre metodología sociológica*, Amorrortu, Buenos Aires.

1985 *El problema de la irracionalidad en las ciencias sociales*, Tecnos, Madrid.

1975 *El político y el científico*, Alianza Editorial, Madrid.

Wallerstein, Immanuel

1996 *Abrir las ciencias sociales*, Siglo XXI, México D. F.